

En el hospital Santa Francisca hay una joven de una belleza especial, es pelirroja, sus ojos grandes de color violeta desprenden una gran candidez y su sonrisa aflora dulce e inocente.

Se encuentra en la habitación 402, tumbada en una camilla. Está sola, sin nadie que la acompañe, esperando el momento de dar a luz.

De pronto un dolor intenso le hace encogerse, el bebé está a punto de llegar. En ese instante un joven doctor, alto, moreno y de expresión seria entra en la habitación, es el responsable de controlar el estado de la joven en todo momento.

- Melisa -pregunta preocupado- ¿quiere que llame a algún familiar?

- No, gracias-responde ella sonriendo.

A continuación, cierra los ojos relajándose un poco. Pasan unos minutos y las contracciones de Melisa son cada vez más frecuentes y fuertes, por lo que empieza a gritar.

El doctor la escucha y acude raudo a la habitación.

Al entrar ve enseguida que Melisa ha roto aguas, acto seguido avisa a las enfermeras para que la lleven a la sala de partos.

Una de ellas llega corriendo y le informa.

- Dr. Danés la sala está ocupada en su totalidad y no hay sitio.

El doctor la mira fijamente.

- Está bien, la atenderemos aquí mismo, está ya de parto. Rápido, que vengan dos enfermeras más.

En segundos llegan ambas, preparando todo lo necesario para el parto. El doctor coloca a Melisa en posición para atenderla a ella y a la criatura que está a punto de nacer. Ella con el rostro sudoroso colabora en lo posible para que el doctor extraiga al bebé sin problemas.

El doctor la anima.

- Empuje Melisa, ya casi está fuera.

De repente las luces de la habitación empiezan a parpadear, comienzan a saltar chispas y se apagan todas. Las enfermeras se quedan paralizadas unos instantes. Las luces auxiliares tampoco se encienden.

El doctor reacciona rápido.

-Abrid las persianas -ordena-no os quedéis quietas, el niño está a punto de salir.

Rápidamente una de las enfermeras las abre totalmente.

-Vamos Melisa un último esfuerzo y ya lo tenemos -sonríe alentador el doctor.

Melisa aprieta con todas sus fuerzas hasta que el doctor saca por completo el cuerpecito del bebé. La recién estrenada madre, rendida en la camilla, oye una palmada y tras unos breves instantes un llanto invade toda la estancia.

El doctor se acerca y le da el niño a Melisa con mucho cuidado.

Ella con los ojos llorosos, lo toma en brazos.

- ¡Eres precioso mi vida! -exclama.

A continuación le pregunta al doctor.

- ¿Cómo se llama usted?

- Me llamo Javier... Javier Danés.

Melisa sonrío agradecida.

- Gracias Javier, sin usted no hubiera sido tan fácil.

- Los dos hemos puesto de nuestra parte. Usted también ha sido muy buena paciente, sin su esfuerzo el parto habría resultado más dificultoso. Ahora lo que necesita es descansar. Voy a llevar al niño con las enfermeras para examinarlo y comprobar que todo está bien, descanse, luego se lo traemos otra vez.

- Me parece bien, un poco de reposo no me irá mal. El doctor deja al niño en la sala de neonatos. De repente, nota algo raro que le asusta, el bebé está frío como un tempano de hielo.

En este mismo momento suena el altavoz.

- ¡Doctor Danés! ¡Doctor Danés! Urgencia en la 402. El doctor sale corriendo hacia la habitación de Melisa.

La enfermera le informa en cuanto llega.

-Doctor, la paciente está sin conocimiento y sus constantes vitales son muy débiles.

-No lo entiendo estaba acostada tranquilamente, cuando la dejé y no tenía ningún síntoma extraño. Rápido vamos a inyectarle epinefrina para que recupere el ritmo cardíaco.

Por momentos Melisa recupera el conocimiento, y con un ligero susurro le pide al doctor que se acerque.

Este se aproxima y ella le recuerda.

- Antes me ha dicho que si podía llamar a algún pariente cercano.

- Si, -asiente- ¿Qué quiere que haga Melisa?

- Quiero que le dé una carta que tengo en mi bolso a un señor que vendrá y que responde al nombre de Eladio, y entréguele a mi niño por favor. Prométame que lo hará doctor.

- Está bien, así lo haré, se lo prometo.

Justo al oír estas palabras, Melisa sonríe y se desvanece en los brazos del médico.

Las enfermeras preparan los desfibriladores, pero el doctor las detiene.

- Es inútil ha fallecido, y da la orden de que la lleven al depósito.

A continuación, entristecido, coge la carta del bolso y se la guarda en el bolsillo de la bata.

A pesar de estar muy afectado por lo sucedido, se dirige rápidamente a ver al bebé, para atenderle. Cuando está frente a la cuna, se da cuenta de que los barrotes están helados y parece que tienen escarcha. Sorprendido, se agacha para coger al niño, pero se detiene cuando lo ve mirando fijamente hacia el techo, con los ojos bien abiertos, como si estuviera observando a algo o alguien. De repente la cuna vuelve a su temperatura normal y el niño también, cerrando los ojos y durmiéndose plácidamente.

El doctor no da crédito a lo que acaba de suceder, se dispone a coger al niño para examinarlo, pero una enfermera lo interrumpe, está muy preocupada, el

cuerpo de Melisa ha desaparecido y no lo encuentran en ninguna parte del hospital.

## **CAPÍTULO I**

### **EL ABUELO LLEGA AL HOSPITAL**

Han pasado muchos días y nadie ha llamado ni se ha acercado al hospital para preguntar por el niño o Melisa.

El Dr. Danés no ha podido dejar de pensar en lo sucedido. Se encuentra en su despacho, sentado en su escritorio, está volviendo a repasar la historia clínica de Melisa, hay algo que se le escapa, pero no logra saber qué es. Cansado aparta la vista de los papeles y mira a través de la ventana. No deja de darle vueltas a una idea, la carta que la mujer le dejó, quizás ahí está la clave para resolver todo este rompecabezas.

Decidido, abre el cajón de su escritorio, dispuesto a salir de dudas de una vez, extiende la mano para coger la carta y se dispone a abrirla, pero hay algo que lo detiene, la imagen de los ojos violeta de la joven le hace recapacitar, recuerda la promesa que hizo a Melisa de entregar la carta al hombre que viniera a buscar a su hijo, y por respeto a su memoria debe cumplir lo que prometió y no leerla.

Vuelve a dejar la carta en el cajón y sale del despacho dirigiendo sus pasos a la planta de maternidad.

Ha recorrido miles de veces los pasillos de este hospital, se encuentra más cómodo en ellos que en su propia casa, pero hoy tiene un sensación extraña, a medida que avanza por el pasillo escucha unos

golpes que parece que provienen del tubo del aire acondicionado. Se detiene a mirar y los ruidos cesan, siente como si alguien siguiera cada uno de sus movimientos.

Trata de convencerse de que todo es producto de su imaginación y reanuda el camino hasta la sala donde está el niño.

En la planta de maternidad, se respira un ambiente de paz y tranquilidad que parece un oasis en medio de todo el caos del hospital, durante unos instantes permanece de pie observando al bebé a través de la cristalera.

Cuando entra en la sala, se da cuenta de que algo ha cambiado, todas las cunas guardan cierta distancia entre ellas, pero hay dos que están pegadas, antes de entrar no le pareció que estuvieran así, la cuna contigua a la del hijo de Melisa ha sido movida, como si alguien quisiera que los bebés se hicieran compañía. El doctor piensa que su imaginación le está jugando una mala pasada otra vez y decide apartar esa idea absurda de su mente, se repite a sí mismo que las cunas ya debían de estar así antes, ya que no había nadie más en la habitación para moverlas.

No obstante tiene el presentimiento de que este niño es especial, por lo que decide tomarle una muestra de sangre para analizar. Cuando se dispone a clavar la aguja en el bracito del niño, esta se rompe, es algo que no había visto en todos sus años de carrera. Lo intenta de nuevo con otra aguja pero

corre la misma suerte. Al ponerla en contacto con la piel, la aguja se dobla hasta romperse.

Extrañado e inquieto, se dirige de prisa a su mesa del despacho, donde ha dejado la carta, dispuesto a averiguar qué es lo que está pasando.

Mientras abre la puerta el teléfono comienza a sonar, absorto en sus pensamientos descuelga sin prestar mucha atención, al otro lado se escucha la voz de una de las enfermeras de la recepción, llama para avisarle de que hay un señor preguntando por Melisa, esta noticia le hace volver a la realidad. El doctor Danés le pide a la enfermera que le haga subir a su despacho. El médico espera ansioso la llegada de este misterioso hombre.

Cuando por fin lo tiene frente a él se sorprende gratamente, se trata de un hombre maduro, de cabello y barba blanca, su sonrisa es afable y su mirada limpia y tranquilizadora.

El Dr. Danés le tiende la mano.

- ¿Es usted Don Eladio?, Melisa me hablo de usted.

-Sí, me llamo Eladio, soy su padre. He venido en cuanto me he enterado que mi hija estaba en este hospital. Una amiga de la familia se puso en contacto conmigo para avisarme de que viniera urgentemente, pero no me ha dado ninguna explicación más. He tardado en llegar porque estaba fuera de la ciudad.

El doctor le pide que tome asiento y le cuenta todo lo sucedido.

Al anciano le resbalan lágrimas por las mejillas al

saber que Melisa ha fallecido. Durante unos segundos permanecen en silencio. Eladio trata de asimilar lo ocurrido, saca un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se limpia la cara.

El doctor abre el cajón del escritorio dispuesto a cumplir la promesa que le hizo a Melisa.

—Es todo muy extraño Don Eladio, creo que ella sabía todo lo que iba a ocurrir. Antes de morir, dejó una carta para usted y me hizo prometer que le entregaría a su hijo.

-Estoy igual de perdido que usted doctor Danés. Desconocía que estuviera embarazada. Antes cuando me he presentado le he dicho que yo era su padre, pero eso no es exactamente así. La encontré abandonada en el bosque cuando era muy niña y la acogí como si fuera mi propia hija. Cuando se hizo mayor le conté la verdad. Ella lo entendió, nunca me preguntó nada y siempre se sintió a gusto a mi lado. Hace unos meses, salió a dar un paseo por el bosque, era un día de tormenta y no volví a saber de ella. Preocupado por lo que hubiera podido pasarle durante todo este tiempo, no he parado de buscar sin obtener respuesta.

El doctor coge de la mano a Eladio y le entrega la carta de Melisa.

-Esta es la carta que le he comentado antes, supongo que le explicará el porqué de todo. Cójala y fírmeme estas hojas por favor, es la documentación para que pueda llevarse al bebé. Una vez dicho esto, yo ya he cumplido la palabra que le di a su hija, creo que ya

no puedo hacer nada más.

Eladio emocionado le tiende su mano.

-Bastante ha hecho. Gracias por todo. Es usted un hombre honrado, otra persona se hubiera desentendido del niño. Estoy en deuda con usted.

Una enfermera acompaña a Eladio en busca del recién nacido. Cuando se está preparando para marchar con su nieto, el doctor Danés le detiene unos instantes.

-Cuide mucho al niño, este bebé es especial he notado cosas extraordinarias él. Y no se preocupe, esto queda entre nosotros dos.

Eladio sonríe con complicidad.

- ¿Sabe? Creo que no ha sido casualidad que me haya encontrado con usted doctor. Estoy seguro de que ha sido la persona elegida para cuidar al niño estos días. ¿Quién sabe? Igual más adelante se vuelven a cruzar nuestras vidas. Muchas gracias por todo nuevamente y hasta siempre doctor.

Eladio cruza la puerta de salida del hospital con el bebé y desaparece, tomando rumbo hacia su casa.

Vive en unas montañas alejadas de cualquier ciudad. Lo único cercano que hay es la cabaña de algún ermitaño que como él busca la tranquilidad de esos parajes.

Su hogares una construcción de aspecto muy simple, la fachada está pintada de blanco y en la parte delantera solo hay una gran puerta de madera maciza con un llamador en forma de dragón, el interior es igual de sencillo, está compuesto por dos

habitaciones, una pequeña cocina y una salita con chimenea que hace las veces de comedor, a pesar del tamaño es acogedora.

En cuanto llega a casa lo primero que hace es preparar un biberón a su nieto, si ha sacado algo de los genes de su madre debe de estar muerto de hambre, y razón no le falta, el bebé engulle la leche. A pesar de la tristeza por la pérdida de Melisa, Eladio no puede evitar sonreír viendo a su nieto comer. Después de un segundo biberón, por fin ha conseguido saciar al niño y este duerme plácidamente en su cuna. El abuelo aprovecha estos instantes para encender una vela y leer la carta.

*Mi querido Eladio,*

*Has sido el mejor padre del mundo. Supongo que ya estás con mi hijo en tus manos y sabrás que he fallecido. Perdóname por no haberte contado nada de esto antes, pero no sabía cómo decírtelo. No quería que te sintieras mal, ni que te preocuparas por mí, como habría sido de saber lo que iba a ocurrir, porque eres lo que más quiero en esta vida. Y ahora te entrego mi tesoro más valioso, mi hijo. Eres abuelo Eladio, estoy convencida de que estás contento. Me gustaría que le llamas Ángel. Pero antes debes saber quién es el padre, porque es diferente a nosotros dos papá. Así que presta atención.*

Eladio lee esta parte de la carta detenidamente, y

con cada línea se sorprende más, como si lo que leyera fuese un sueño.

Cuando termina, sus ojos se pierden en el horizonte, está estupefacto, su cuerpo permanece inmóvil, petrificado por lo que acaba de saber, de repente se apaga la vela, eso le hace volver a la realidad y la enciende de nuevo guardando la carta en su bolsillo. Después va hacia el niño y le da un beso en la frente.  
-Buenas noches Ángel, menuda nos espera.

## **CAPÍTULO II**

### **ANGEL YA ES UN NIÑO**

Han pasado once años, Ángel se ha convertido en un joven que aparentemente no se diferencia mucho de cualquier chico de su edad, le gusta vestir con vaqueros, camiseta y zapatillas deportivas. Sus ojos son negros y de mirada profunda, tiene el pelo oscuro y su rostro desprende una gran simpatía. Es muy curioso, le encanta descubrir cosas nuevas.

- ¡Ángel, Ángel! Grita Eladio en mitad del bosque. Ángel que lo escucha, se lanza al vacío desde la copa de un árbol, cae de pie justo al lado de Eladio.

- ¿Abuelo qué quieres con tanta prisa? Estaba siguiendo a una ardilla.

-Voy a preparar el fuego para comer, tráeme un jabalí o lo que veas que nos lo comeremos ahora.

-Bien abuelo, voy volando.

Ángel comienza a correr a través del bosque, lo hace con una destreza y agilidad propias de un animal, de repente para en seco, ha escuchado un rugido. Un oso está afilando sus uñas en un árbol. Da un brinco y se planta delante del animal.

-Hola señor oso.

El oso que medía diez veces más que él, mira a Ángel como si fuese un bocado apetitoso y le lanza un

zarpazo potente. Ángel lo esquiva saltando por encima de sí mismo, y cuando cae al suelo, de otro salto se impulsa hacia el oso y con el puño cerrado le golpea en toda la tripa, lo que hace que el animal caiga al suelo desplomado.

-Eso te pasa por ser un oso malo. Ahora te las verás con mi abuelo en la olla.

Ángel se coloca debajo del animal y lo levanta del suelo sin apenas esfuerzo, solo se distinguen sus pies debajo de esa inmensa mole, sin más demora gira sobre sus pasos y se dirige a casa, su estómago ha empezado a sonar, ya es hora de que el abuelo le prepare un buen almuerzo.

Cuando Eladio lo ve llegar se sorprende de la captura que ha hecho su nieto.

-Vaya, que oso más grande has cogido. Cada día eres más fuerte. Creo que ya va siendo hora de irnos a la casa que tenemos detrás de la Montaña Sagrada, de la que tantas veces te he hablado, allí hay un sin fin de criaturas grandísimas y raras.

Ángel se entusiasma.

-Tengo muchas ganas de ir abuelo, me has contado tantas cosas maravillosas de ese lugar que quiero conocerlo.

- Entonces está decidido, después de comer nos iremos.

Ambos se ponen manos a la obra para preparar la comida. La carne de oso a la brasa es un manjar muy apreciado, y por el tamaño de la pieza que ha traído Ángel, hoy se van a dar un buen festín. Una vez saciado el apetito salen caminando en dirección a la montaña.

Mientras avanzan el sol empieza a caer, Eladio le pide a su nieto que se apresure y no se entretenga con cada criatura del bosque o nunca llegarán. Cuando por fin alcanzan su destino ya es noche cerrada.

Una vez allí, a los pies de la Montaña Sagrada, se introducen en una cueva cuya entrada tiene un grabado en la parte superior, en el que se puede leer "Solo pasarán al otro lado de la Montaña Sagrada aquellos que en su interior alberguen un don especial".

Ángel pregunta intrigado, ¿Qué significa esto abuelo?

- Hace muchos años, en el mundo convivían humanos, brujas, hombres lobo, vampiros, dragones, trols y otras clases de seres mitológicos. Pero por desgracia, ya sea por miedo o porque había maldad en el corazón de algunos, se producían muchos enfrentamientos, y las personas y los seres que eran buenos, no podían hacer nada para evitar

las malas relaciones que surgían. Entonces para solucionar el conflicto una bruja con un grandísimo poder decidió crear dos mundos en uno mismo. Uno donde pudieran vivir tranquilamente los humanos, y otro donde lo harían los seres mitológicos y las personas que tuvieran dones diferentes, y por eso dejó este escrito en la entrada de la cueva para que los humanos que tuviesen algún poder especial pudieran atravesar de un mundo a otro.

-¡Ah! Entonces abuelo, ¿Nosotros tenemos un don diferente?

-Yo sí, por eso tengo una casa al otro lado de la montaña, pero no sé si tú lo tienes Ángel, solo lo sabremos cuando cruces la cueva, si tienes un don lograrás atravesarla y llegarás a la Montaña Sagrada, por el contrario, si no lo tienes te perderás en la oscuridad de la cueva.

-Y si me pierdo, ¿Qué pasará conmigo?

-No lo sé. Si tienes miedo volvemos a casa, yo tampoco quiero perderte, pero tengo la impresión de que lograrás cruzar hijo mío.

Ángel sonríe y cogiendo a su abuelo de la mano, lo acompaña hasta el interior de la cueva.

Una vez dentro todo está oscuro, pero al fondo se vislumbra una luz.

Ángel corre hacia ella con todas sus fuerzas, en el

momento que consigue pasar al otro lado de la montaña respira aliviado. Al salir fuera, ya es de día y se encuentra con un paisaje paradisíaco en el que hay montañas, valles y cascadas. En el cielo observa unos dragones que están persiguiendo águilas gigantes.

Junto a su abuelo continúa paseando por el lugar y ve diferentes clases de dinosaurios, algo que a Ángel le fascina, a lo lejos divisa un valle con árboles gigantescos, y en sus copas casas habitadas por brujas.

Ángel se queda con la boca abierta de la impresión.

-Abuelo, esto es increíble, es tal como me dijiste.

-Si Ángel esto es fabuloso -contesta ilusionado- Por cierto, ya sabemos que tienes un don, has cruzado la montaña sin ningún contratiempo.

- ¿Cuál es abuelo?

-No lo sé, tendrás que descubrirlo tú solo. Aunque pensándolo bien con lo pequeño que eres serías capaz de comerte este dinosaurio que tenemos enfrente ¿Será eso un don?

Ángel se ríe a carcajadas.

-Jajaja. Pues sí abuelo, no tardaría ni tres segundos en comérmelo.

El dinosaurio del tamaño de casi una montaña, se queda mirando a Ángel con los ojos desorbitados y

cuando oye sonar el estómago del chico sale corriendo tan rápido que sólo se ve el polvo de sus pisadas.

El abuelo le da una palmadita en la espalda.

-Vamos a casa Ángel. Voy a preparar algo de comer. Cuando llegan, Ángel ve a un hombre de arcilla, bastante grande, trayendo leña a la casa de su abuelo.

- ¿Abuelo por qué este gigante trae leña a tu casa?

-Es un golem, Ángel, me ayuda a hacer las tareas de casa y está a mi servicio.

-Es muy alto abuelo.

-Y más que será. Está siempre en constante crecimiento. Llega un momento que es tan grande que tienes que deshacerte de él.

- ¿Y cómo lo haces abuelo?

- ¿Ves su frente? Tiene escrito Emet.

-Sí, lo veo.

-Pues si borras la primera E, queda escrito Met, que significa muerte en griego y se deshace. Después para que vuelva a nacer, sólo tienes que decir la palabra Emet, que significa 'Verdad'. Los 'Golem' son inofensivos y muy trabajadores. Pero venga vamos a comer algo. Ve al pozo a buscar algo de agua para beber, mientras yo hago fuego y aso unos filetes de cola de dinosaurio.

La casa era una réplica exacta de la que tenían en el mundo humano.

Eladio entra y coge los filetes que están en la mesa, los sazona y los coloca sobre las brasas. Cuando terminan de comer están tan agotados de la experiencia que acaban de vivir que se duermen delante del fuego.